

# Biblioteca-Films

## EL CORAZON MANDA

N.º 105

25  
cénts.



Viola Dana  
Walter Hierss





CLINE, Edward

Año III

Núm. 105

## BIBLIOTECA FILMS

TÍTULO DE LA SUPREMACIA

REDACCIÓN:  
Calabria, 96

○  
Teléfono 173-H  
BARCELONA

APARECE TODOS LOS MARTES

REVISADO POR LA CENSURA PREVIA

# El corazón manda

(ALONG CAME RUTH, 1924)

NOVELA AMOROSA

EXCLUSIVA: **Metro Goldwyn Corporation**

Rambla de Cataluña, 122- Barcelona

Barquillo, 22 - Madrid

### PERSONAJES

### INTÉRPRETES

Rut Ambrose . . . . .	<b>Viola Dana</b>
Alana Hubbard. . . . .	<b>Ray Mac Kee</b>
Israel Hubbard . . . . .	<b>Tully Marshall</b>
Capitán Bradford . . . . .	<i>De Witt Connings</i>
Plinio Baugs. . . . .	<i>Walter Hierss</i>
Oscar Sims . . . . .	<i>Victor Potel</i>
Natau Hadge . . . . .	<i>Nelson Mac Dowell</i>
Manolita . . . . .	<i>Gale Henry</i>

ARGUMENTO DE ESTA PELÍCULA

FOTO. DE JOHN ARNOLD



Registrada. Queda hecho el  
depósito que marca la ley.

Imp. Garrofé.—Villarreal, 12 y 14.—BARCELONA

## El corazón manda

### I

Rut Ambrose es una joven bonita, si las hay, y muy activa. Ha quedado huérfana de padre y madre y heredera de un centenar de duros y muchos trapos, empleando los primeros en aprender un oficio poco conocido en nuestro país, y que tiene una importancia suma bajo el aspecto de la publicidad y que es como una rama de este arte: adorno y decorado de escaparates y habitaciones destinadas a la venta en las casas de comercio.

Como decimos, Rut Ambrose agotó toda su herencia en aprender un arte que ella de momento creyó improductivo, y viéndose a las últimas, y no hallando, de momento, colocación en Boston, su ciudad natal, y antes de que sus encantos fuesen motivo de perdición en una gran ciudad, pensó en aprovechar los últimos dólares que le quedaban de su menaguada fortuna, para dirigirse a un pueblecito llamado Acción, cuyos habitantes, según con-



taba la Fama, estaban en oposición con la significación del nombre.

Y, sin pensarlo más, una mañana metió todos los menesteres de su vestuario y demás objetos de su pertenencia en una modesta maleta, lo cual significa que sus bienes eran bien menguados, y tomó el tren para Acción, sin estar bien convencida por qué se dirigía a ésta y no a otra población; aunque nosotros podemos dar una explicación no desprovista de fundamento.

La idea principal de Rut Ambrose era huir de los peligros que le ofrecían sus encantos en una gran ciudad, al hallarse ella en una apremiante necesidad, — como no le sobraba la plata para ir a buscar su «modus vivendi» en una población lugareña lejana, determinó dirigirse a la más cercana de Acción, distante sólo veinte kilómetros de Boston: manera de aprovechar ventajosamente los ocho dólares y cuarenta centavos que le quedan, su buena dosis de optimismo y la firme resolución de triunfar.

Rut Ambrose se dirige a la estación, con el pensamiento fijo en una sola idea dominadora: abrirse camino, y con el espíritu levantado.

Toma asiento en un coche de tercera clase y con el fin de distraerse durante la ruta se pone a leer una revista, sin preocuparse para nada de sus compañeros de viaje.

Su modestia y recato, y sobre todo, su hermosura, llaman la atención de uno de sus vecinos de viaje. Este es un joven abogado llamado Alano Hubbard. De momento no había reparado en la joven; pero tuvo que reparar

por fuerza en ella, porque al ponerse Rut en pie para observar un paisaje, cayó sobre el joven letrado, a quien pidió mil perdones y excusas.

—¡Ay!... Dispénsame, caballero... He perdido el equilibrio.



*Habitantes de Acción*

—Nada; no ha sido nada. Al contrario, señorita... Usted no pesa...

Rut Ambrose volvió a enfrascarse en la lectura y, a poco, se paró el tren y oyó que un empleado voceaba desde la garita situada al fondo del coche: «Acción... 2 minutos.»



El abogado Alano Hubbard, que había descendido del coche, vió con sorpresa que la señorita del encontronazo se apeaba también en Acción, y le intrigó sobremanera: nunca había visto allí a la joven y eso que en el pueblo todos se conocían.

Sólo dos viajeros se habían apeado, el abogado y la joven bostoniana.

Esta se dirigió a uno de los empleados de la estación y le preguntó:

—Oigame, ¿el pueblo de Acción?... Como veo que la estación está tan solitaria...

—Sí, señorita... El pueblo está a dos kilómetros de aquí... Mire usted, siga este camino, y cuando vuelva aquel montículo ya distinguirá la población.

—Muchas gracias.

Ante ella, y sin grandes precipitaciones, caminaba el abogado Alano Hubbard, llevando un maletín. De vez en cuando, volvía la vista atrás. De buena gana se hubiese dirigido a la hermosa viajera ofreciéndosele para llevarle la maleta que parecía pesarle demasiado; pero en parte por prudencia y en parte por vergüenza y cortedad, no se atrevió; pero anduvo tan despacio que la joven le tomó la delantera y al pasar junto a él, y notar la joven los deseos evidenciados por su compañero de viaje de hablar con ella, le preguntó:

—Dispénseme, caballero, supongo que entramos en Acción...

—Sí, entramos... aunque, si no es usted hija de aquí más le valiera que no hubiese venido,

porque entrar en Acción significa venir a descansar.

—He aquí una cosa que parece lo que no es.

—Mire usted, señorita, en este pueblo no se puede venir a trabajar... Aquí parece que todos han nacido dormidos...

—¿Están picados de la tarántula?

—No lo sé, señorita; pero lo cierto es que en este pueblo se hereda una enfermedad...

—¿La encefalitis letárgica?

—La *holgazanitis* crónica.

—Pero los forasteros... los no nacidos en el pueblo, esos no estarán atacados de esa enfermedad.

—Se equivoca usted de medio a medio... Los que ponen los pies en este pueblo se contagian de un modo fulminante de la enfermedad esa: entra uno en Acción y ya lo tiene usted más parado que un poste.

—¡Qué raro!... ¿Entonces cómo vive aquí la gente?

—Aquí no se vive, aquí se vegeta...

—Pero habrá comercio, industria...

—Ni así—contestó el joven abogado llevándose el dedo pulgar a la boca—haciendo chisclar la uña en los dientes de la mandíbula superior.

—Pero ¿cómo comen?...

—¡Ah!... pues con un apetito bestial.

—No, no; quiero decir que ¿de qué comen?

—De milagro... ¿Ve usted ese hombrón que pasa por ahí?

Y al decir esto el abogado señalaba a un se-



ñor corpulento de cara risueña y facciones abultadas.

—Sí, lo veo.

—Pues ese señor se llama Plinio Banga, un profesor de energía psíquica con sus puntas y ribetes de fonógrafo ambulante, a quien la negra suerte trajo a este pueblo para su desdicha. En Boston era, como le digo, profesor de energía...

—Eléctrica.

—No, psíquica; pero desde que ha puesto los pies en Acción, vive en perpetuo reposo.

—Pues, caballero, no comprendo cómo puede ser esto, porque aquí la gente debe comer, y vestir, y calzar; luego esto debe dar margen a un constante tráfico. Aquí no deben faltar tiendas y almacenes, donde la gente se surta de los géneros de comer, beber y vestir.

—Pues se equivoca usted, señorita; si usted viene aquí para pasear y vivir en *dolce far-niente*, bienvenida sea, pero si usted viene para trabajar, más vale que se vuelva por donde ha venido. Aquí la gente come; pero no trabaja. Hay un pueblo vecino, el pueblo más activo y comercial de toda la región, una verdadera colmena humana, llamado Parado, cuyos habitantes se dedican a surtir de géneros alimenticios y otros a los habitantes de Acción y para más comodidad de éstos pasan de casa en casa y de familia en familia a ofrecer las producciones del suelo y de la industria.

—¿Sabría usted decirme dónde podría hallar una posada?

—Aquí no hay posadas, señorita; pero yo

le puedo indicar una casa particular donde tienen una habitación disponible y que seguramente le alquilarán por poco dinero. Es en casa del mueblista—la única tienda del pueblo—llamado Israel Hubbard.

—¿Dónde está esa casa?

—Siga usted por esta calle, a la izquierda verá un gran letrero que dice: «El Emporio».

—Muchas gracias, caballero...

Se adelantó Rut Ambrose. En aquel momento volvía sobre sus pasos el profesor de energía psíquica, quien abordó al abogado, guiándole el ojo:

—Oye, tú, abogadillo, ¿quién es esa?

—¿No la ve usted, señor Banga?... ¡Ahí hay vida, energía, salero, elegancia, desenvoltura y desparpajo!

—¿A qué habrá venido a un villorrio como éste una mujercita tan completa?

—A trabajar, probablemente.

—Ja...ja...ja... ¿Trabajar aquí? ¡No sea usted bromista!

—Nada, Plinio, usted ha venido a este pueblo para despertar la fibra de la energía; pero si usted quiere que este pueblo se mueva va a tener que disfrazarse de arcángel y salir por las calles tocando la trompeta del juicio final.

—Sigamos a esa mujercita a ver donde se mete.



## II

Rut Ambrose llegó ante la puerta de «El Emporio». Al lado de la puerta, tras un gran escaparate, una infinidad de toda clase de muebles, amontonados en un desorden infernal, se veían con gran dificultad a causa del polvo y suciedad adheridos al cristal del escaparate.

Rut penetró por entre el montón de muebles y le salió al paso un joven alto, demacrado, curvado como una ballesta. Iba en mangas de camisa y la recibió con la escoba en las manos y en medio de una densa polvareda levantada por la escoba del joven en cuestión.

—¿En qué puedo servirla, señorita?

—¿Es aquí la casa del señor Israel Hubbard?

—Precisamente; pero a estas horas...

—¿Duerme aún?—preguntó escamada la joven, recordando cuanto le habían dicho sobre la actividad de los habitantes de Acción.

—Voy a verlo.

Mientras el dependiente entró en la trastienda, Rut Ambrose se puso a observar el verdadero laberinto de muebles de todas clases acumulados sin orden ni concierto en aquel

inmenso almacén. Ella que era perita en el adorno de tiendas y escaparates, pensaba: «Si copiera esto entre mis manos... Yo demostraría a estos palurdos el arte de vender».

En estos pensamientos estaba cuando llegó Israel Hubbard. Era un hombre que pasaba



—Señoras y señores... (pág. 20).

de los sesenta, enjuto de carnes, de cara apergaminada, de ojos chiquitines, metidos en dos hoyas, sombreadas por dos mechones de espesas y cerradas cejas, de nariz de pico de águila y cabeza pelada como una bola de billar. Montaba sobre la punta de su descomunal nariz unas enormes gafas, agachando la cabeza



para mirar por encima de ellas. Su mirada dura denotaba un mal carácter.

Al verlo, Rut Ambrose dió unos pasos hacia él y preguntó:

—¿El señor Hubbard?

—Yo soy—contestó secamente el mueblista—, ¿qué quiere?

—Me han dicho que tiene usted una habitación para alquilar.

—Sí, ¿y qué?

—Ven go a ver si me acomodaba su precio... y si podría verla.

—¡Manolita!—voceó el viejo—. ¡Manolita!

—¿Qué hav?—contestó una joven feísima, desde un altillo.

—Muestra a esta señorita la habitación por alquilar... Suba por aquí.

Después que hubo visto la habitación—por cierto muy modesta—, Rut bajó a ver al señor Hubbard. Pero éste se hallaba concertando la venta de un salón a un matrimonio, y esperó a una distancia prudencial; mas oyó todo el diálogo entre comprador y vendedor.

*El vendedor.*—Ahí tienen ustedes un salón magnífico: sofá, dos butacas, seis sillas, mesita centro: todo por setecientos dólares.

*Ella, una vieja regañona.*—¡Setecientos!... ¡Oh!... Vámonos, Adolfo, vámonos, el señor Hubbard se ha empeñado en no vender... Esos muebles que parecen viejos por lo sucios y deslustrados... ¡setecientos dólares!...

—Ni un dólar menos... A mí no me estorban los muebles en casa...

Marcharon los disgustados clientes y se acercó Rut.

—He visto la habitación y desearía saber qué precio...

—Cinco pesos al mes... por adelantado.

—Es que...

—¿Qué?

—Que no puedo pagar tanto...

—¿Y a mí qué me cuenta?

—Es que yo me ofrecería como dependienta y estoy segura de que usted saldría ganando.

—No quiero ganar nada; sólo quiero lo que es mío...

El mueblista vió entrar en su establecimiento a los esposos Hodge, y fué a su encuentro. Era Natan Hodge, el lúgubre, el tétrico y apocalíptico propietario de la agencia mortuoria de Acción, y su esposa un tormento conyugal en forma de mujer.

—¿Qué se les ofrece?—inquirió el mueblista y a continuación, sin esperar contestación—: Aquí no se ha muerto nadie, amigo Hodge.

La mujer contestó:

—No se nos ocurre más que hoy es el aniversario de nuestro matrimonio y a mí se me ha metido entre ceja y ceja que debemos celebrarlo comprando un comedor...

—Pues he aquí uno precioso; ni en Boston lo encontraría usted ni más bonito ni tan barato. ¿Ve usted?... Mesa imitación nogal, con suplemento amplificador, bufet, trinchante, seis sillas, dos cuadros, una lámpara... Todo comprendido por doscientos cincuenta dólares... Una miseria...



—Anda, vámonos—ordenó el señor Hodge, cogiendo a su esposa por el brazo.

—¡Imposible, señor Hubbard!... ¿Se ha creído usted que nosotros robamos el dinero?

—¿Y usted, señora Hodge, piensa que a mí me regalan los muebles?

—No, pero podría usted tenerlos menos deslucidos. Las lunas de ese bufet parece que las moscas todas de Acción se han dado cita...

—Vamos, vamos—y el señor Hodge arrastraba a su esposa hacia la puerta—; ya celebraremos el aniversario otro año.

Despidiéronse los esposos Hodge y en aquel momento apareció otro nuevo personaje, era el capitán Mauricio Bradford, un señor muy rico, la fortuna más sólida de Acción, mejor dicho, la única fortuna del pueblo.

Cuando Hubbard le vió hizo un movimiento de desagrado; pero fingiendo cierta satisfacción, fué hacia él.

—¡Hola, amigo Bradford!... ¿Qué bueno le trae por aquí?

—Nada bueno, señor Hubbard. Me está usted debiendo ya cuatro meses de alquiler de la casa: págume o me verá precisado a ponerle de patitas en la calle.

—¡Ay!... Amigo Bradford, hoy sí que no podré pagarle... A mí me están debiendo y nadie me paga.

—Bueno, pues si mañana a esta hora no me ha pagado, haré una demanda de desahucio.

—¡D'os mío! ¿Qué va a ser de mí?... Aquí en este pueblo no se vende nada; yo tengo un capital en muebles, una verdadera fortuna, y

nadie compra nada, hace más de un mes que no vendo ni una silla.

—Yo no tengo que ver nada en sus negocios; a mí sólo me interesan los míos... Así es que ya le he dicho mi última palabra. Mañana a esta hora me tiene que pagar todo el trimestre, sino... ¡al desahucio!... ¡Adiós!...

Israel Hubbard quedó aterrado. La hermosa joven Rut Ambrose, había presenciado las escenas anteriores y se acercó al mueblista:

—Yo le ofrezco por la habitación cinco dólares a pagar cuando los tenga...

—No, no; váyase al cuerno.

—Deme usted hospedaje por una semana; autoríceme para hacer y deshacer en la tienda, y le respondo de que los dos matrimonios que salieron de aquí hace un momento, le comprarán el salón y el comedor; ese señor casero cobrará y usted se hará rico.

—Váyase, váyase, joven... Ya se ve que usted no es de Acción.

—Déjeme usted sólo ocho días al frente de la tienda y yo le demostraré si soy de acción...

—¿Quiere usted hacer el favor de no darme más lata? Me precisa ir ahora mismo a cobrar varias cuentas atrasadas.

—¿Y me deja usted a cargo de la tienda mientras esté fuera?

—Sí, mujer; lo que usted quiera.

Y diciendo esto el mueblista fué a enganchar su caballo al cochecito y partió para ir a cobrar los créditos pendientes.

Rut Ambrose se despojó de su sombrero y de su abrigo, llamó al dependiente y le ordenó:



—Busca dos escobas y un cubo lleno de agua y vas a hacer lo que yo te ordene.

—Pero...

—Aquí no hay pero que valga... Vas a meter-te en la cabeza que yo soy la dueña de esta casa y que aquí no se va a hacer más que lo que yo ordene, ¿lo entiendes?

—Entiendo...

—Pues a buscar dos escobas y un cubo con agua, jabón y un estropajo.

Obedeció el dependiente y un momento después ambos barrián la tienda. La criada fregó el parquet y Rut Ambrose ordenó se limpiara con agua de jabón el gran cristal del escaparate.

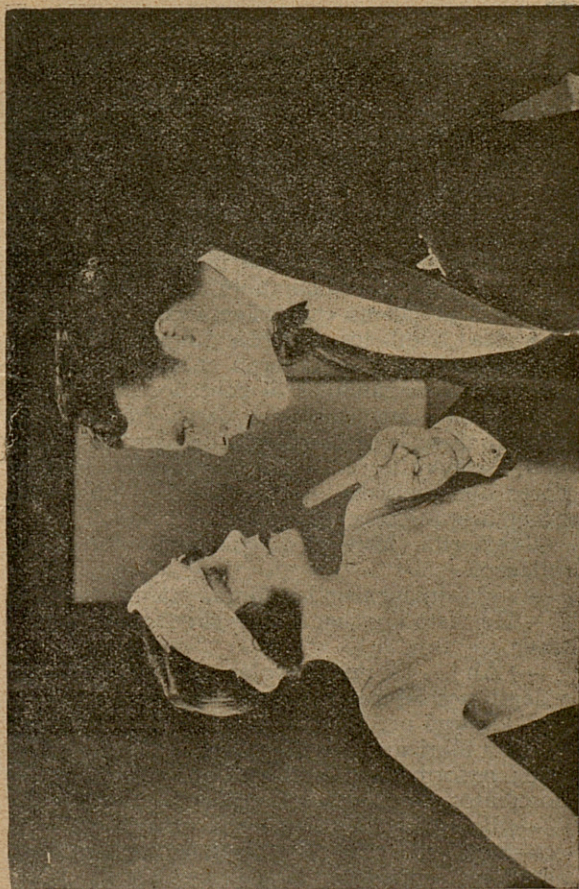
Luego hizo un ordenamiento de todos los muebles de los que quitó el polvo. En uno de los altillos halló, abandonados, entre otros objetos dejados allí como inútiles, cuatro magníficos jarrones de porcelana de Sévres, que hizo limpiar cuidadosamente y puso en evidencia al lado de la puerta sobre dos columnas de jaspe, también abandonadas en el altillo. El almacén cambió de aspecto en un par de horas.

Mientras Rut y el dependiente echaban cubos de agua sobre los cristales del escaparate, llamó tanto la atención de los transeúntes, que un chusco preguntó con guasa:

—¿Qué? ¿Se ha calado fuego al almacén?

—Sí, sí; avise usted a los bomberos—contestó Rut.

El guasón tomó en serio la contestación de la joven y un momento después se presentó ante el establecimiento, la brigada del servicio de



Este les dejó solos (pág. 29).



bomberos con la bomba y las mangas. Esto atra-  
jo frente el establecimiento a toda la población  
en masa. Todos quedaron pasmados del cam-  
bio operado en el establecimiento, ante cuyas  
vitricas Rut hizo poner un cartelón que decía:

*Se liquidan todas las existencias*

El matrimonio que había ido a adquirir los  
muebles para el salón, notó que verdadera-  
mente el precio no era exagerado.

Ahora veían los muebles limpios, ordena-  
dos, flamantes, y solicitaron la adquisición de  
los mismos pagándolos al contado.

Bradford, que acertó a pasar frente a la  
tienda, al ver la aglomeración de personas fren-  
te al escaparate y la tienda repleta de compra-  
dores que esperaban turno, entró y quiso co-  
nocer a la nueva encargada.

—Señorita, la felicito; ha obrado usted un  
milagro...

—¿No quiere usted comprar nada?

—He visto dos magníficos jarrones en la en-  
trada...

—¡Ah!... De mucho valor... Dos magníficos  
y legítimos Sévres... Los regalamos.

—¿A qué precio?

—En fábrica cuestan doscientos dólares cada  
uno; nosotros los liquidamos por la miseria de  
doscientos cincuenta los dos.

—¡Baratos! Mándemelos a casa.

—Está bien, ¿cuánto le debe mi amo por los  
alquileres vencidos?

—Setenta dólares.

—Me pagará con los recibos y el resto en  
metálico.

Plinio Banga sacó el talón de cheques y ex-  
tendió uno que entregó a la joven, al mismo  
tiempo que quedó prendado de ella.

Mientras el rico capitán estaba hablando con  
Rut, vió ésta venir a los esposos Hodge que  
momentos antes habían despreciado el come-  
dor por doscientos cincuenta dólares, y com-  
prendiendo que venían a tratar de nuevo del  
asunto, suplicó al capitán Bradford.

—Caballero, ayúdeme a vender a buen pre-  
cio un comedor; ofrezca usted por él trescientos  
dólares.

Y fingiendo estar hablando con el capitán,  
díjole en voz alta para que los esposos Hodge  
lo oyeran, al mismo tiempo que señalaba los  
muebles que componían el juego del comedor:

—Capitán, yo no puedo cederlo por menos  
de trescientos cincuenta dólares; es imposible.

—Está bien, le pagaré los trescientos cin-  
cuenta dólares, pero me tiene usted que ase-  
gurar que me lo podré quedar.

—Si mi amo, el señor Hubbard, no tiene  
compromiso, será para usted.

—Es que es un comedor precioso y sentiría  
perderlo...

Al oír esto, Natan Hodge se acercó a la jo-  
ven revolucionaria de los procedimientos co-  
merciales y le dijo:

—Señorita, quizás usted ignore que yo es-  
toy en tratos para la adquisición de ese come-  
dor... por doscientos cincuenta dólares...



—Por de pronto, puedo asegurar a usted que por ese precio no se lo llevará.

—El señor Hubbard me pidió por él doscientos cincuenta dólares y supongo...

—Eso sería esta mañana; pero ahora menos de trescientos cincuenta dólares el comedor no sale del almacén.

—Yo ofrezco esa cantidad—manifestó el capitán Bradford.

La señora de Hodge intervino en la tienda:

—Pero como nosotros hemos contratado antes la compra...

—Tiene razón la señora; a igual precio ustedes serán los preferidos.

—Pues ya está—se determinó Hodge—, ya nos los pueden llevar a casa con el recibo...

El capitán quedó admirado del éxito estupeiando de los procedimientos comerciales de la chiquilla que empezaba a transformar el espíritu retrógrado de los comerciantes de Acción.

Era tal la aglomeración en la tienda que no se podía dar un paso, y los dos dependientes no bastaban a complacer a todos los compradores.

Llegó a la tienda Plinio Banga el profesor de energía psíquica, y abriéndose paso por entre la compacta multitud, fué hasta el fondo del almacén y subiéndose de pie a una silla, empezó a vocear:

—¡Señoras y señores! Nuestro convecino Israel Hubbard nos ha demostrado de manera inequívoca lo que vale la buena organización y una buena propaganda para dar auge a una tienda; unámonos todos y cambiemos... ¡Hay

que renovarse!... Hagamos otro tanto con este pueblo. Lo primero que hace falta es una Cámara...

—¿Frigorífica?—preguntó un chusco.

—No, una Cámara de Comercio, y este es el momento de principiar la organización. Lo único que necesito es que algunos de los prohombres aquí presentes me firme este papel e inicie la lista de subscripciones.

Y dirigiéndose al señor Bradford, que estaba conversando con Rut, le dijo:

—A usted, señor Bradford, que es la persona más autorizada, le corresponde tomar la iniciativa.

Como Bradford no contestara, Rut se dirigió al orador:

—Oiga, oiga; el señor don Israel Hubbard se suscribe para fomar la citada Cámara de Comercio con trescientos dólares.

—Muy bien, muy bien—gritaban todos—. ¡Viva el señor Hubbard!

No quiso ser menos el capitán Bradford y se suscribió por una cantidad igual... En media hora y gracias al milagro operado por Rut Ambrose, quedó constituida la Cámara de Comercio de Acción.

Los habitantes de Acción retiráronse a sus casas llenos de entusiasmo, firmemente convencidos de que había llegado el momento de que el pueblo hiciera honor a su nombre. El señor capitán Bradford quedó enamorado de Rut. Con ella estaba hablando cuando llegó a la tienda el sobrino del mueblista, el joven abogado Alano Hubbard.



Al ver éste que su joven compañera de viaje estaba tan amartelada con el capitán, se le llevaban los demonios.

—¿Usted aquí?—preguntó Alano, dirigiéndose a la joven.

—Sí; su tío de usted me ha dado amplios poderes para gobernarle su casa durante su ausencia. El señor Hubbard ha ido a los pueblos vecinos para cobrar unos recibos y yo he dispuesto algunas modificaciones en la tienda.

—Esta señorita—apuntó el capitán—ha venido a transformar este pueblo...

—Ya veo que esto está completamente cambiado. Y celebro que sea usted, señorita, la autora de estas mejoras... Me congratulo de haberle indicado yo que viniera a esta casa...

Despidióse el capitán; Alano Hubbard manifestó entonces a Rut la satisfacción que le causaba verla alojada frente por frente de su casa.

—¡Ah!... ¿Usted vive enfrente?

—La ventana de mi habitación da frente por frente de la del cuarto que usted ha alquilado.

—¡Ah!... ¡Entonces ya nos veremos!

—Y será con una verdadera satisfacción para mí.

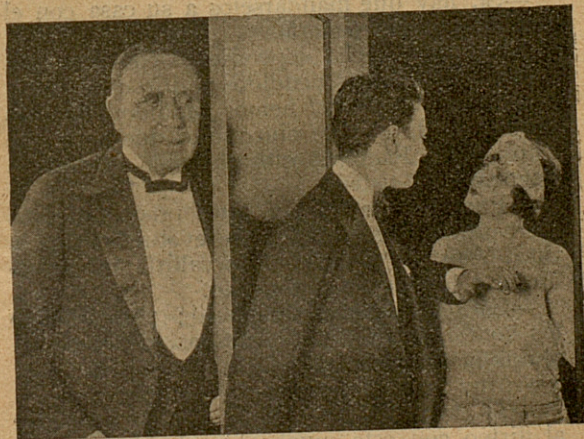
—¿De veras, señor...?

—Alano Hubbard, para servirla.

En aquel momento llegó a la puerta del establecimiento el cochecito del viejo mueblista. Mucho le extrañó ver ante el escaparate una aglomeración de personas que contemplaban la magnífica exposición de muebles. Llegaba muy malhumorado por no haber podido cobrar nin-

guna factura y al bajar del coche se enfrentó con los mirones.

—¡Ale!... ¡Fuera de aquí!... ¿Qué os habéis creído? ¿Que mi casa es un teatro de títeres?... ¡Fuera, fuera!



...y escuchó tras de la puerta (pág. 29).

Entró en su establecimiento y quedó parado al ver la nueva disposición de su mercancía.

—¿Qué significa esto?—preguntó el mueblista a su nueva dependienta—. ¿Con qué derecho me pone usted esta tienda hecha un lío que no hay quien lo entienda?... ¿A quién se le ocurre poner a la puerta esos jarrones inde-



centes? ¿Se ha creído usted que mi casa es una cacharrería?

—Esos jarrones, señor Hubbard—contestó la joven—, están ya vendidos por doscientos dólares... al señor Bradford.

—¿Al señor Bradford?

—Sí, hay que mandárselos a su casa con el recibo, que los pagará.

Llegó el flacucho dependiente con una lista enorme de géneros vendidos y dijo a su amo:

—Señor Hubbard, hemos vendido hoy más en una tarde que en cinco años que hace que estoy aquí. Esta señorita entiende más en el negocio que usted.

—Pues no me gustan estos procedimientos mercantiles que consisten en revolucionarme la casa. Y usted, señorita, más valdría que se dedicase a las faenas de su sexo.

—Está bien, señor Hubbard; pero cuando los hombres faltan de inciativas, debemos tenerlas las mujeres.

—Muy bien contestado—respondió Alano.

—Tú, más valdría que en vez de dedicarte al flirteo con esta muchacha, atendieras a tu novia. Mira, aquí la tienes.

En aquel momento, llegaban una señora y una señorita; eran la novia de Alano y la madre de aquélla.

El joven abogado hizo un movimiento de disgusto. Alano Hubbard estaba enamorado de su compañera de viaje y veía con disgusto que su novia viniera a sacarle de tan agradable compañía.

### III

Han transcurrido dos meses.

El pueblo de Acción ya hace honor a su nombre: Rut Ambrose lo ha transformado.

El mueblista Israel Hubbard ha sido nombrado presidente de la Cámara de Comercio de Acción y pretende la vara de alcalde.

La noche de la víspera del día señalado para la elección de alcalde, el pueblo de Acción se halla en plena efervescencia político-progresista.

Ante la tienda de Hubbard se hallan reunidos todos los prohombres del pueblo que esperan al pretendiente de la primera investidura municipal. Al salir Israel Hubbard de su casa vestido con frac y sombrero de copa, la banda municipal; compuesta de un cornetín, un cornetín, un trombón, un flautín, un saxofon, bombón y platillo hizo oír los acordes estrepitosos de una marcha triunfal.

La manifestación se organizó y después de recorrer todas las calles de Acción, los que en



ella intervinieron habían convenido dar fin a la fiesta con un gran banquete que se celebraría en el vecino pueblo de Harbourview; después del cual habría baile.

El señor Hubbard había prohibido a su dependiente Rut que saliera de casa; lo cual sabido por Alano, fué a hacer compañía a la joven.

—Sé que hoy no puede usted salir y quiero compartir su cautiverio... ¡Qué lástima que no vayamos a Harbourview!... Hoy todos lo que representan algo en Acción estarán allí reunidos para festejar el resurgimiento comercial del pueblo, y nadie mejor que usted merece los honores de este homenaje; usted, Rut, que ha venido a regenerarnos, que ha venido a civilizarnos...

—No importa, Alano, contenta quedará con tal de que se ensalce a su tío... Al fin y al cabo a él se debe todo, porque si él no me hubiese admitido en su casa...

—Es usted muy sensata y muy modesta... Vale usted mucho, Rut.

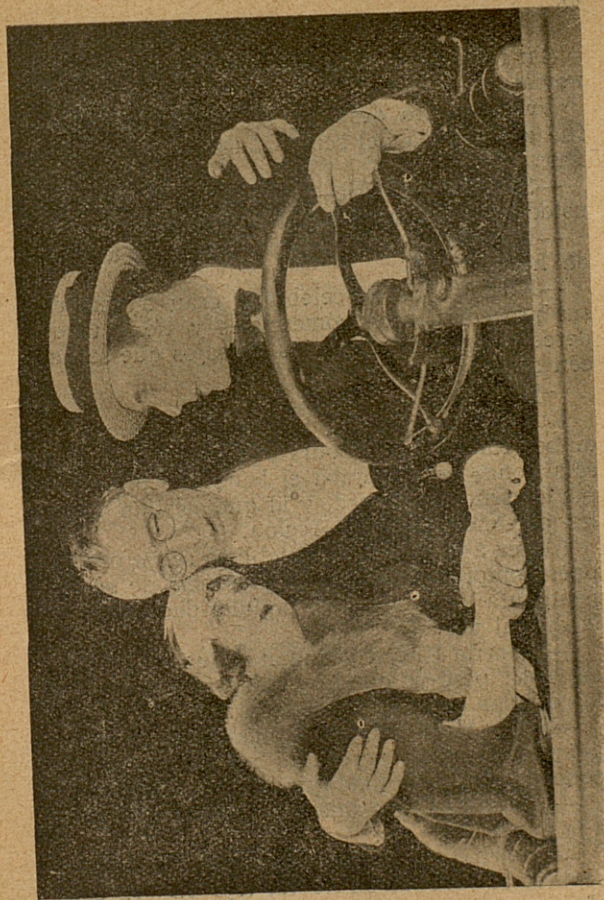
—Gracias, Alano; si usted no sabe decir más que esto...

En aquel momento se oyó una voz argentina dentro de la tienda:

—¡Alano!

Era la novia del abogado que se dirigió hacia él y le dijo:

—Alano, anda, vamos con mamá a Harbourview... Estamos invitadas para la fiesta y quiero que tú me acompañes.



Un momento después... (pág. 29).



Sin replicar una palabra, Alano siguió a su novia.

Un momento después, el capitán Bradford fué a la tienda del señor Hubbard para ver a Rut.

—Señorita—le dijo—, mi coche la espera a usted para llevarnos a Harbourview.

—Mi amo me tiene prohibido salir de la tienda hoy.

—No importa. Se celebra el gran triunfo de sus procedimientos comerciales y tiene usted derecho a participar de los agasajos que se hacen a su amo.

—Conformes... Vamos.

Rut Ambrose subió al auto del capitán y ambos fueron a Harbourview. Llegó Rut a la sala donde se celebraba el banquete presidido por el señor Hubbard, y al que asistían todas las personalidades de Acción.

Al ver a la joven, el mueblista se enfureció, pues comprendía él que la presencia de su dependiente le restaba a él popularidad. Por eso le dijo al verla:

—Señorita Rut, yo le mandé que se quedase en casa; pero ya que ha venido ayude usted a las criadas en el servicio de la mesa.

—Señor Hubbard, usted puede mandarme de puertas adentro; pero aquí no admito ni reconozco otra autoridad que la mía; ¿estamos?

—¡Muy bien!—clamaron todos aplaudiendo a la joven.

El sobrino de Israel Hubbard que estaba sentado al lado de su novia, dijo en voz bien alta:

—Eso es una mujer y no...

—¿Lo dices por mí?—interrumpió la novia.

—No, no; lo digo por ella.

Rut se sentó a la mesa, con menoscabo de la tranquilidad de su amo, que quiso quitarse el mal humor a fuerza de copas de champán.

Después del banquete se organizó el baile, amenizado por la flamante banda municipal de Acción. Durante el mismo, Rut hubiese querido bailar con Alano; pero la novia de éste no le dejaba. Comprendió el capitán Bradford que Rut estaba triste y fué a su lado.

—Comprendo lo que le pasa. Usted está enamorada de Alano Hubbard. ¿Quiere usted separarle de su novia? Venga conmigo.

Al ver Alano que Rut entraba con Bradford a un cuarto reservado, dejó a su novia y corrió al lugar donde se hallaban Rut y el capitán. Este los dejó solos y escuchó tras de la puerta. Cuando salieron, Cupido había atravesado ya sus corazones con sus dardos abrasadores: se habían jurado amor eterno.

Un momento después, Alano y Rut volvían a Acción en el automóvil de Israel Hubbard... Este iba medio beodo y los jóvenes se dieron muestras de sincero amor.

—Confíesame la verdad, Rut, ¿me has amado antes de ahora?

—Te seré franca. Cuando salí de Boston no sabía donde iba; pero tú estabas esperando turno delante de mí para tomar billete y oí que decías: «Una tercera para Acción». Entonces yo repetí la fórmula en la taquilla: «Una ter-



cera para Acción». Detrás de ti me metí en tu mismo coche e iba pensando: «Este hombre será mío». Y... ¿lo ves? ya lo eres...

—Sí, Rut, hay que obedecer a los imperativos del corazón.

—El corazón manda.

FIN

Número 106 - **BIBLIOTECA FILMS** - 9 de febrero

## ¡Una película extraordinaria!

Emocionante novela de la vida familiar  
fundamentada en la máxima apostólica:

## “Compañera te doy...”

y no esclava”, en la cual se presenta  
a la mujer, ángel y mártir del hogar.

Por los renombrados artistas

Astrid Holm, Johs. Meyer y Mathilde Nielsen

Postal: Lon Chaney

25 cénts.

## CELEBRIDADES DE VARIETES

1	Ramper . . . . .	Ramper . . . . .	30«
2	Mercedes Serós . . . . .	Serós . . . . .	30«
3	Elvira de Amaya . . . . .	Amaya . . . . .	30«
4	Lepo . . . . .	Lepe . . . . .	30«
5	Argentinita . . . . .	Argentinita . . . . .	30«
6	Chelito . . . . .	Chelito . . . . .	30«
7	Luis Esteso . . . . .	Luis Esteso . . . . .	30«
8	Pilar Alonso . . . . .	Pilar Alonso . . . . .	30«
9	La Goya . . . . .	La Goya . . . . .	30«
10	Casimiro Ortas . . . . .	Casimiro Ortas . . . . .	30«
11	Spaventa . . . . .	Spaventa . . . . .	30«
12	Pastora Imperio . . . . .	Pastora Imperio . . . . .	30«
13	Amalia de Isaura . . . . .	Amalia de Isaura . . . . .	30«
14	Lolita Méndez . . . . .	Lolita Méndez . . . . .	30«
15	Rico y Alex . . . . .	Rico y Alex . . . . .	30«
16	Adelita Lulú . . . . .	Adelita Lulú . . . . .	30«
17	Imperio Argentina . . . . .	Imperio Argentina . . . . .	30«

## CELEBRIDADES DEL TEATRO

1	Miguel Fleta . . . . .	Miguel Fleta . . . . .	30c
2	Enrique Borrás . . . . .	Enrique Borrás . . . . .	30«
3	Margarita Xirgu . . . . .	Margarita Xirgu . . . . .	30«
4	Cora Raga . . . . .	Cora Raga . . . . .	30«

## LOS TRIUNFADORES DEL RUEDO

1	Manuel Báez «Litri» . . . . .	Litri . . . . .	35c
2	Juan Anlló (Nacional II) . . . . .	Nacional II . . . . .	30«
3	Juan Belmonte García . . . . .	Juan Belmonte . . . . .	30«
5	Pablo Lalanda . . . . .	Pablo Lalanda . . . . .	30«



## Selección de BIBLIOTECA FILMS

1	Resita. . . . .		1 p.
4	La voz de la mujer. . . . .	Douglas Fairbanks.	50c
7	La rosa de Flandes. (2. <sup>a</sup> ed.) . . . . .	Raquel Meller . . . . .	50«
12	¿Dónde estás, hijo mío? . . . . .	Grete y Olaf . . . . .	50«
21	La brecha del infierno . . . . .	Camille Vernades . . . . .	50«
25	Mesalina . . . . .	Rina de Ligoure . . . . .	50«
29	Los Nibelungos (Sigfrido) (2. <sup>a</sup> ed.) . . . . .	Pablo Richter . . . . .	50«
35	Koenigsmark (2. <sup>a</sup> edición) . . . . .	Jacques Catelain . . . . .	50«
40	En las ruinas de Reims (2. <sup>a</sup> ed.) . . . . .	Corinne Griffith . . . . .	50«
43	La mujer que supo resistir . . . . .	Ben Lyon . . . . .	50«
49	Los dos pilletes (2. <sup>a</sup> ed.) . . . . .	Jean Forest y Leslie Shaw . . . . .	50«
82	Como don Juan de Serrallonga. . . . .	Mary Philbin . . . . .	50«
88	Conciencia contra ley . . . . .	Michael Warkony . . . . .	50«
93	El lobo de París . . . . .	G. Signoret . . . . .	50«
98	El abuelo . . . . .	Alma Rubens. . . . .	50«
104	El bien perdido . . . . .	Raymond Mac. Kee. . . . .	50«

## FILMS DE AMOR

1	El templo de Venus. . . . .	Mary Philbin . . . . .	50«
2	La tierra prometida . . . . .	Tina Meller . . . . .	50«
3	Sacrificio . . . . .	Fay Compton . . . . .	50«
4	En las garras de la duda . . . . .	Capozzi. . . . .	50«
5	Ruperto de Hentzau (2. <sup>a</sup> parte Prisionero de Zenda) . . . . .	Elaine Hammerstein . . . . .	50«
6	El tren de la muerte. . . . .	Milfred Harrys . . . . .	50«
7	La esposa comprada . . . . .	Alice Terry . . . . .	50«
8	El juramento de Lagardère. . . . .	J. Farrell . . . . .	50«



¡Éxito! ¡Emoción! ¡Éxito!

No deje de leer

Otra gran película de la temporada noveli-  
zada por el

«Título de la supremacía»

# El bien perdido

Novela amorosa de intensísima emoción y de  
un humanismo sublime

Por los eminentes artistas:

**ALICE JOYCE - HELENA D'ALGY**  
**PERCY MARMONT**  
**HOLMES HERBERT**

III III III

*¡Señorita, no deje de leer esta novela,  
donde se retrata el prototipo de la verdadera  
mujer honrada!*

III III III

Postal:  
Raymond Mac. Kee.

**50** cénts.